



Noche de Misterio

Adolphe Menjou
Evelyn Brent



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año II
N.º 52

PARAMOUNT

25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

A NIGHT OF MYSTERY 1928

Noche de Misterio

Producción dramática, basada en la novela
«Ferreol», de Victoriano Sardou
interpretada por

EVELYN BRENT, ADOLPHE MENJOLI,
WILLIAM COLLIER (JR.) etc.



Es un film PARAMOUNT

Distribuído por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badía — D. Dou, 14 — Barcelona

NOCHE DE MISTERIO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Gilberta Boismartel llamó por teléfono al Palacio de Justicia, donde se hallaba su marido, el juez Boismartel.

Un ujier se puso en el aparato.

—Haga el favor de decirle a *Monsieur* que están llegando los invitados...

—Me parece que ha terminado el juicio, señora... El señor juez ha pronunciado ya la sentencia, y le voy a suplicar que conteste a usted personalmente.

El juez Boismartel acudió al momento al teléfono y su esposa le manifestó, dándole prisa:

—¿Te has olvidado de que hoy damos una cena de despedida al capitán Ferreol?

—Voy allá en seguida, queridita.

En tanto, el capitán Ferreol llegaba a casa de su novia, la encantadora, física y moralmente hablando, Teresa d'Egremont, para ir juntos

a la casa de Gilberta Boismartel y su esposo.

Teresa estaba triste. No podía menos de estarlo pensando en lo lejos que dentro de pocas horas tendría a su novio.

Abrazándole llena de puro amor, le dijo:

—Me parece imposible que esta sea la última noche que pasamos juntos, bien mío...

El capitán, sin poder ocultar tampoco su emoción, repuso:

—Me duele en el alma tener que dejarte, mi vida... pero un soldado no puede elegir su destino y Argelia no está muy apartada de aquí.

—Sí, Ferreol... Sin embargo...

—Pronto estaré de regreso, y entonces...

—¡Te amo tanto!

—¡Y yo te adoré!

—Contaré los días que faltan para verte de nuevo a mi lado.

—Ya verás como el amor acortará el tiempo.

El rosario de cariñosas frases era kilométrico, pero la realidad de la hora les despertó de su sueño, y díjole Ferreol a Teresa:

—¿Vamos a casa del juez Boismartel?

—Dije a mi hermano que le esperaríamos... No puede tardar...

En aquellos momentos Jerónimo d'Egremont, hermano de Teresa, entraba en su hogar, y, subrepticamente, se introdujo en el saloncito íntimo donde, empotrada en la pared, había

una pequeña caja de caudales, la abrió con sigilo y dejó en su interior un estuche; y después de esta misteriosa operación, reunióse con su hermana y el capitán Ferreol, cuando aquélla decía a éste, acariciándose la nívea garganta:

—Quería ponerme el collar, pero no he podido abrir la caja...

Jerónimo se disculpó con ellos por su retraso, y al decirle Teresa que no pudo abrir el arca, él trasladóse seguido de ella y su novio al saloncito y la abrió sin dificultad, entregándole el estuche que contenía el citado collar y que él acababa de devolver a la caja...

¡Qué mal rato había pasado Jerónimo temiendo no llegar a tiempo de restituir el estuche con el collar antes de que Teresa se diera cuenta de su desaparición!

Ferreol abrochóle al cuello la valiosa joya, y Teresa, inmensamente feliz, le notificó:

—Era de mi madre... Me lo pongo esta noche por vez primera por ti... No me lo volveré a poner hasta que estemos casados...

—Gracias, *chérie* — murmuró Ferreol.

Y Jerónimo, aliviado de un peso insostenible, sonrióles, deseando su unión como ellos mismos.

Seguidamente, se dirigieron a la fiesta que

en honor de Ferreol, y con motivo de su traslado a Argelia, había organizado la esposa del juez Boismartel.



La mesa de los Boismartel reunía aquella noche a numerosas amistades.

Ferreol, sentado al lado de Gilberta Boismartel, hacía esfuerzos para disimular lo violento que se hallaba allí, por las insinuaciones que le hacía de continuo la esposa del juez.

Teresa ignoraba en absoluto el interés que tenía Gilberta por su amado y, "atendida" por un caballero de avanzada edad, no podía prestar atención al cruce de frases entre Ferreol y la esposa del juez.

Esta dijo, *intencionadamente*, al capitán, entre bocado y bocado:

—Tengo entendido que en el país adonde va hay mucha caza mayor, Ferreol... Podrá matar el aburrimiento yendo de caza...

—Sí, Gilberta...

El caballero que "atendía" a Teresa aprove-

chó la alusión a la caza para decir a la novia de Ferreol:

—Le contaré a usted lo que me pasó una vez a mí cazando leones...

Y Teresa tuvo que soportar la "lata" del buen señor émulo de Tartarín...

Gilberta, de más en más nerviosa, murmuró a Ferreol:

—Quiero verte esta noche...

El la miró con reproche y contestóle, sin que nadie pudiese oírle:

—Todo ha concluido entre nosotros, Gilberta... Me casaré con Teresa...

Pero Gilberta quería verle, y después de comentar un drama pasional que se representaba en el teatro de la Comedia, le repitió:

—Esta noche te esperaré a la misma hora... en el mismo lugar...

El juez, ajeno a la doblez de su esposa, levantóse en tales instantes y dijo a los invitados:

—Propongo un brindis por la salud de nuestro querido Ferreol en la víspera de su partida.

Y todos, a una, levantaron su copa en honor del militar.

Cuando todos los invitados se hubieron retirado, y una vez acostado el juez en su cámara particular, Gilberta, con la cautela empleada las anteriores veces, deslizóse a una habitación de la planta baja, cuyo balcón daba al jardín.

Esperaba a Ferreol, confiando que acudiría a la cita, la última cita...

El capitán no podía faltar. Hombre de honor, y galante, además, iría a devolverle personalmente las cartas que ella le mandara mientras duraron sus relaciones...

En efecto, Ferreol, con dichas cartas, regresó a la casa del juez, penetrando en la habitación donde celebrara siempre sus entrevistas con Gilberta, por el balcón.

La frívola esposa se arrojó en sus brazos, amándole como nunca y decidida a que sus relaciones no se interrumpiesen por nada ni por nadie, pero Ferreol, firme en la idea de ruptura que se había trazado desde su palabra de matrimonio a Teresa, la apartó, a un tiem-

po mismo suave y enérgicamente, y ofreciéndole las cartas, le dijo:



Esperaba a Ferreol.

—Un caballero devuelve las cartas a la mujer que amó... y nada más...

—Pero, Ferreol, no es posible que ya no me quieras...

—Lo nuestro tenía que terminarse, Gilberta... Reflexiona...

Ella insistió, tentándole con su hermosura sin par, pero el militar supo vencer en la lucha con los sentidos, y saltó al jardín por el mismo camino empleado para entrar en la habitación.

Un poco antes, en un bosque de caza contiguo a la residencia del juez Boismartel, el guardabosque, el atlético Marcasse, sorprendía a un cazador furtivo con las manos en la masa, como vulgarmente se dice, y después de obligarle a soltar la pieza — un conejo — le amenazó con dejarle sin huesos si lo volvía a sorprender; y avanzando hacia la casa del juez, por haber visto luz en la habitación de la planta baja, descubrió a Ferreol saltando al interior de aquella por el balcón. Al principio creyó que se trataba de un malhechor, pero el porte del salteador y la luz encendida eran dos detalles de que allí no había robo ni asesinato en perspectiva, sino únicamente un juego peligroso... si el juez se daba cuenta del mismo.

Y Marcassé, volviendo sobre sus pasos, ahogó un grito de rabia al ver cerca de él a un hombre a quien andaba buscando de un tiempo a aquella parte...

El citado hombre palideció al ser sorprendi-

do por el guarda en aquella parte del bosque y pretendió evitar su encuentro, pero Marcasse lo agarró por el pescuezo, como a un mal bicho, y le escupió en el rostro:

—¡Esta vez no te escapas, Roche!... Sabía que pasarías por aquí de regreso de mi casa...

—¡Déjame en paz! Yo no he ido a tu casa para nada...

—¡Maldito!

Roche intentó defenderse, pero Marcasse era mucho más fuerte y lo tumbó al suelo sin vida, vengando así su honor manchado por el villano con su infiel mujer.

Ferreol acababa de salir de la habitación donde rompiera definitivamente con Gilberta, y testigo presencial del crimen, abalanzóse al guardabosque, acusándole de plano:

—¡Asesino!

Marcasse rugió, dolorido:

—Me robó la mujer... El era rico y podía comprarle las cosas que yo no podía darle...

—Sin embargo...

El guardabosque, recordando haber visto entrar a Ferreol en casa del juez como los ladrones, se consideró a salvo de su acusación, y, reaccionando, le dijo:

—Por supuesto... Guardará usted silencio...

—¿Cómo?

—Si usted habla, también hablaré yo... Otra vez apaguen ustedes la luz...



...sorprendía a un cazador furtivo.

Y le señaló la habitación donde los protagonistas de un amor culpable se reunieron hasta aquella noche.

Ferreol quedó cogido en su propia red, y,

aunque repugnándole hacerlo, prometió no ocuparse de aquel asunto... a cambio del silencio de Marcasse, por el honor de Gilberta.

Y se alejó rápidamente del bosque, maldiciendo su debilidad aceptando aquella última entrevista con Gilberta, puesto que podía haberle remitido las cartas por otro conducto.

Y al día siguiente, despedido en la estación por su adorada Teresa y el hermano de ésta, partió hacia el puerto donde embarcaría rumbo a Argelia.



Pocos días después de su llegada a su nuevo destino, Ferreol recibió de Teresa la siguiente carta:

...Tan grande es mi dolor que temo perder la razón.

Mi hermano Jerónimo, a quien, como tú sabes, quiero tanto, está preso acusado de haber dado muerte a Juan Bautista Roche, en el coto del juez Boismartel.

Como no hay ningún testigo que le defienda, sus protestas de inocencia han sido fútiles hasta ahora. No sé qué hacer.

Te amo y te amaré siempre, Ferreol, pero después de esta desgracia comprendo que no puedo casarme contigo. Parece que no hay esperanza...

El mundo pareció caerle encima al pun-donoroso capitán.

¡Quién había de suponer que tendría que recordar tan pronto la tragedia presenciada la última noche que vió a Gilberta!

¿Cómo era posible que acusasen a Jerónimo?

¿Qué participación podía haber tenido en el crimen, si éste había sido ejecutado en un momento de ofuscación por un marido burlado?

¡Oh! ¡Era preciso regresar a Francia sin pérdida de momento! Teresa le necesitaba a su lado, y Jerónimo no podía ser acusado de un crimen que no había ¡no! cometido.

Inmediatamente pidió audiencia a su coronel y le solicitó permiso para volver a París.

—¡Pero si no hace aún quince días que ha llegado usted de Francia, capitán Ferreol? — exclamó, sorprendido, el jefe.

—Es un asunto de vida o muerte, mi coronel... No hay que perder un segundo...

Y ante la gravedad de los hechos que re-

clamaban a Ferreol en Francia, el permiso no le fué denegado.

Pero Argelia no estaba a dos pasos. La carta de Teresa tardó en llegar a destino, el vapor que condujo a Francia a Ferreol no zarpó hasta después de unos días de recibida la grave noticia y el viaje de regreso fué asimismo largo. Por todo lo cual llegó el capitán a París el día que se celebraba la vista de la causa por asesinato contra Jerónimo.

Ferreol entró en la sala cuando empezaban las declaraciones de los testigos, a continuación de la dura acusación del fiscal contra Jerónimo.

Le tocó el primer turno a una mujer, que fué secretaria de la víctima y que estaba perfectamente enterada de lo que ocurrió en el despacho de su jefe, Juan Bautista Roche, el día del crimen.

Y así se expresó aquella mujer, sin piedad para Jerónimo, odiándole por haber matado al hombre por el que había llegado a sentir amor... con esperanzas, a pesar de lo fea y antipática que era:

—Aquel día, al caer la tarde, llegó al despacho, con mucha prisa, el acusado, a quien introduje en seguida a presencia del señor Roche, marchándome yo a mi despacho; pero, extrañada de la agitación que observé en el

visitante, me aposté detrás de la puerta del gabinete de trabajo de mi jefe y pude presenciar la escena que se desarrolló entre él y el acusado.

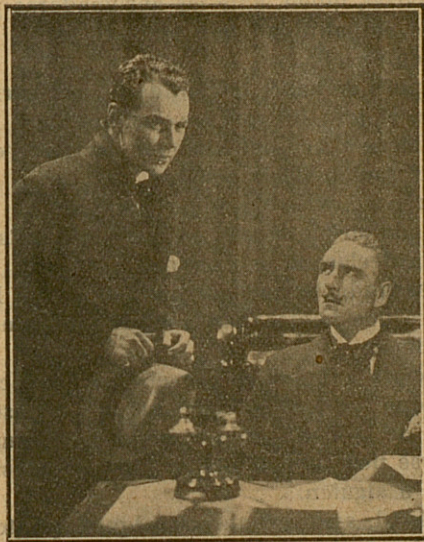
"El acusado dijo al señor Roche: "Necesito el collar para esta noche...", y el jefe le respondió: "Si me devuelve el dinero que le presté se lo daré en seguida..." Entonces muy nervioso, el visitante añadió: "Le digo que necesito el collar para esta noche... Mi hermana no sabe que usted lo tiene y no quiero que se entere... Me hizo usted perder miles de francos en la Bolsa y ahora se burla de mí... ¡No sé como no lo mato!... Le juro que se lo devolveré mañana por la mañana... Sólo lo necesito por esta noche..."

"El señor Roche se compadeció del acusado y le contestó: "Bien... Siéntese aquí y escriba lo que voy a dictarle... Confesará que robó usted el collar... y así, si no me lo devuelve, tendré su confesión para obligarle a devolvérmelo..."

"El acusado se negó al principio a escribir aquella confesión, mas luego, viendo que sin ella el señor Roche no le prestaría el collar, la firmó, y al entregársela, mi jefe se la guardó en la cartera y le dijo: "Mañana, cuando vuelva aquí con el collar, le devolveré la carta..."

La declaración de la secretaria de Roche era

altamente comprometedora para Jerónimo, pues confirmaba la opinión del fiscal de que



—Necesito el collar para esta noche.

el acusado había asesinado a Roche para robarle la aludida carta en la que él se confesaba ladrón del collar, e impulsado a ello, sin nin-

gún género de duda, por no poder devolver la joya.

Actuaba de juez, muy a pesar suyo, el señor Boismartel, quien, ante las abrumadoras pruebas de culpabilidad que tenía el fiscal, creía también en ella.

Después de haber declarado la secretaria de Roche, el juez preguntó a Jerónimo:

—¿Tiene el acusado algo que decir acerca de la declaración de la testigo?

El reo se puso de pie y replicó:

—Nada absolutamente... Todo lo que la testigo ha declarado es exacto...

El segundo turno correspondió a un buen hombre que había visto a Jerónimo la noche del crimen.

—Volvía a mi casa por el atajo que cruza el bosque — declaró el testigo — ...a eso de la una de la madrugada, cuando vi al acusado pasearse por aquel solitario lugar como si esperase a alguien.

El fiscal, aprovechando cualquier punto favorable a su acusación, le interrumpió para decir a la Sala:

—Insisto en recordar a los señores jurados que el médico forense estableció que el crimen se cometió alrededor de la una...

Jerónimo protestó contra aquella coincidencia, y dijo:

—Me sentía nervioso... La conciencia me atormentaba por tener que quitarle el collar a mi hermana... Di muchas vueltas por el bosque... solo... ¡pero juro que no vi a Roche!

El tercer turno llamó a Marcasse a declarar.

Ferreol, al verle, crispó los puños. ¿Qué declarararía contra Jerónimo el verdadero criminal?

—Aquella mañana, después del crimen — dijo —, fui al bosque en busca de pruebas o de una pista para esclarecerlo... La policía inspeccionaba el lugar por su cuenta, y, de pronto, vi, detrás de un matorral, una cartera... Avisé a los inspectores y, recogida aquélla, se comprobó, por el nombre escrito en la tapa, que perteneció al asesinado... No contenía nada, por lo que era evidente que se trataba de un caso de asesinato por robo...

El fiscal le interrumpió, también, y dijo a la Sala:

—Me permito recordar a los señores del jurado que no ha podido comprobarse que hubiese dinero en la cartera, pero que la carta comprometedora ha desaparecido...

Jerónimo, desesperado, gritó, creyendo enloquecer:

—¡No sé nada de la cartera!... ¡Juro que soy inocente!

Ferreol iba de desconcierto en desconcierto. ¿Qué significaba aquella desaparición de documentos y dinero?

La verdad era que Marcasse había robado a Roche después de muerto, para despistar a la justicia sobre el motivo del asesinato.

Nada podía, pues, salvar a Jerónimo, y maldiciendo su suerte, Ferreol salió de la sala y en un despacho contiguo dijo a un ujier:

—Necesito hablar con el juez Boismartel... Le esperaré aquí mismo...

El empleado cumplió el encargo y al poco regresó con esta respuesta.

—El señor juez vendrá en seguida... El jurado está deliberando...

Gilberta, llegada en aquel momento, para recoger a su marido, que se presentó casi simultáneamente, sorprendióse extraordinariamente al encontrar a Ferreol, y éste no pudo decir nada al juez, requerido, además, en seguida, por el jurado, que había vuelto ya a la sala.

Despidióse el juez de su esposa y su amigo, para ir a pronunciar la sentencia de acuerdo con el jurado, y les dijo, lamentándolo en el alma:

—El jurado se ha puesto pronto de acuerdo... Mala señal...

Y desapareció para cumplir con su sagrado deber.

Gilberta, alarmada, preguntó a Ferreol, al quedar solos:

—¿Qué ha sucedido?

—Jerónimo es inocente... La última noche que nos vimos...

No pudo terminar. Volvió a la sala y recibió en sus brazos a Teresa, que se moría de dolor.

Y con ella, que se desmayó, oyó la terrible sentencia pronunciada por el juez Boismartel a consecuencia del fallo del jurado condenatorio con todas las agravantes:

—Como juez de este tribunal sentencio al acusado a la pena de muerte.

Aterrado, Jerónimo, presa de una crisis de locura, gritó, forcejeando con los *gendarmes*:

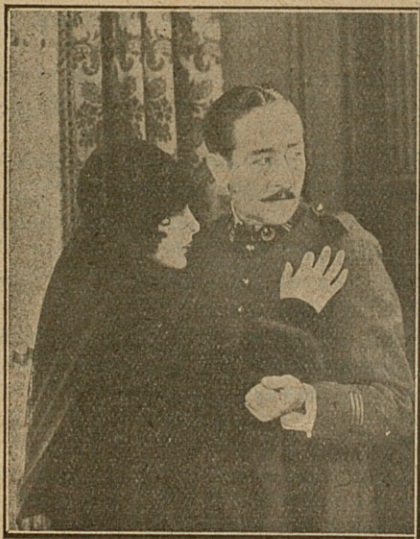
—¡Soy inocente! ¡Soy inocente!



En su casa, Ferreol preguntaba a su ordenanza:

—¿Lo ha traído usted?

—Le entregué su mensaje, mi capitán... Dijo que vendría tan pronto pudiese...



—Jerónimo es inocente... La última noche que nos vimos...

En aquel momento llamaron a la puerta, salió el ordenanza del despacho del oficial y, al volver, Ferreol inquirió:

—¿Es él?

—No, mi capitán... Es una señora...

—Que pase.

Era Gilberta.

—¿Tú aquí? ¿Por qué has venido? ¿No comprendes que te comprometes?

—Lo que me dijiste durante la vista me tiene preocupada... Quiero que me lo cuentes todo...

Ferreol la puso al corriente de los hechos reales, y terminó diciendo:

—Ese hombre que me vió salir de tu habitación era Marcasse; y él fue quien asesinó a Roche.

—¿Marcasse?... Luego Jerónimo es inocente... Tienes que decírselo a mi marido, Ferreol...

—¿Has pensado ya en las consecuencias, Gilberta?

—¿Qué consecuencias?

—Marcasse me vió salir de tu casa... El sabe que estaba contigo... Si yo hablo, él también hablará...

El semblante de Gilberta mudó de color.

—¡Ah, ya entiendo!... Si Marcasse habla nos perderá a los dos...

—Si...

—No puedo permitirlo... No es justo que yo sufra las consecuencias por haberte amado an-

tes... Prométeme que guardarás silencio, Ferreol... ¡Prométemelo!

—No temas... Te lo prometo, Gilberta... Pero, ¿olvidas acaso que Jerónimo morirá por un crimen que no cometió?

—¡Dios mío! Tengo miedo, Ferreol...

—Yo veré de arreglar este asunto, Gilberta... Y ahora, vete y sé fuerte...

Después de Gilberta llegó Marcasse a casa de Ferreol.

Este, que le estaba esperando ansiosamente, le tranquilizó al ver reflejado en su rostro el temor, sobre todo al cerrar tras él la puerta del despacho el ordenanza.

—Pase usted, Marcasse... No se trata de ninguna emboscada...

—¿Qué quiere usted de mí?

—Seamos breves... Recuerdo que *en cierta ocasión* me dijo que su mujer quería cosas que usted no podía comprarle... Mire usted lo que hay sobre esta mesa... Con esta cantidad que le ofrezco podrá comprarle todo lo que quiera... Con este dinero usted y su esposa podrán vivir felizmente... en el extranjero. Si lo quiere es suyo... No tiene más que firmar una confesión... que no verá nadie hasta que estén los dos fuera del país.

Marcasse murmuró una maldición y repuso:

—Ya es tarde ahora... Mi mujer me ha dejado...

—¿Qué hace usted, pues, aquí solo? Con este dinero puede tratar de rehacer su vida lejos de aquí.

—¡No! Mientras tenga esperanzas de que mi mujer volverá no quiero marcharme... porque aun la amo... y la amaré siempre...

¡Todo inútil! ¡Jerónimo estaba condenado sin remedio!

**

Apiadado del inocente, Ferreol estuvo a verle en la cárcel, para alentarle a esperar.

Jerónimo era la sombra de sí mismo. La injusta acusación que sufría le había convertido en un trágico pelele.

Ferreol le sorprendió aferrado a las rejas de su encierro, sollozando rabiosamente.

—¡Jerónimo! — gritóle de todo corazón, como a un hermano.

El infeliz le miró con asombro y gimió, pugnando por romper las rejas:

—¡Oh, Ferreol!... ¡Ya ves!... ¿Me crees culpable?

—No, Jerónimo... Me consta que eres inocente...

—¡Sí! ¡Soy inocente! ¡Soy inocente!

Y cayó de nuevo en la crisis de locura en que se debatía desde la terrible sentencia, mientras el capitán, acicateado por su conciencia, huía de la cárcel hacia su casa, dispuesto a salvar al que era en un todo inocente.

Encerrado en su despacho Ferreol meditó unos instantes y, luego, resuelto a todo, escribió una carta para el juez, encargando a su ordenanza que se la llevase con toda urgencia.

Al mismo tiempo, un *gendarme* de la cárcel presentábase en casa del juez y le manifestó que Ferreol había visitado a Jerónimo y que, prestando atención, había oído como le decía a éste: "Me consta que eres inocente".

Y el juez, sin sospechar la realidad, contestó:

—Mi enhorabuena al capitán Ferreol... Dígame que venga a verme en seguida.

El *gendarme* trasladóse sin perder momento al domicilio del capitán, y su llegada interrumpió una carta que el militar escribía a Teresa, encabezándola así:

Mi querida Teresa:

Estas palabras...

Junto a la carta apenas principiada vió el *gendarme* un revólver y, temiendo que el ofi-



—¡Soy inocente! ¡Soy inocente!

cial pudiera hacer uso de él, se lo incautó, al tiempo que le decía:

—El juez Boismartel desea verle inmediatamente, mi capitán.

Nada dijo Ferreol. Supuso que la urgente llamada del juez obedecía a la carta que acababa de mandarle, y se avino de buen grado a seguir al enviado.

Pero la aludida carta no llegaba hasta el juez sino en aquellos momentos.

Decía así:

Jerónimo d'Egremont es inocente. Yo maté a Roche.

Ferreol

El asombro del juez no tuvo límite. ¡Ferreol, asesino! ¿Qué motivos le impulsaron a ello? ¡No, aquello era falso! ¡Todo acusaba a Jerónimo! ¿Qué misterio impenetrable encerraba tan grave declaración?

Ferreol presentóse ante el juez cuando las dudas de éste eran más desconcertantes.

El capitán le saludó con su habitual corrección, y por toda respuesta el juez preguntóle, alargándole el papel y observando sus menores gestos:

—¿Escribió usted esta carta?

—Sí, señor juez.

—¿Es verdad que lo mató?

—Cierto es.

—¿Por qué?

—Hacia años que nos odiábamos...

—Bien, pero, si admitimos el odio, ¿por qué cogió usted el dinero de la cartera?

—Para hacer creer a la justicia que se trataba de un asesinato por robo.

—¿Usted, caballero y oficial del ejército, hizo eso?

—Hay momentos funestos en la vida...

—Permítame que le dirija otra pregunta... Colóquese usted a mi lado, junto a esta ventana... ¿Conoce usted ese bosque?

—Sí... Ahí fué donde lo mate.

—¿Tiene usted la bondad de señalar el matarral donde arrojó la cartera?

—Ese...

—¿El de la derecha?

—Sí, el de la derecha.

—¿Está usted seguro?

—Completamente...

—Bien... ¿Quiere usted hacerme el favor de sentarse allí?

Ferreol obedeció, y en tanto, el juez dió en voz baja una orden al *gendarme*...

Y, de súbito, apareció en el despacho del juez, Marcasse, el guardabosque.

Ferreol, al verle, sin ser visto por Marcasse, tembló a la idea de que éste se creyera acusado por él y revelase, para vengarse, lo que, a su vez, viera aquella noche misteriosa.

El juez, colocando a Marcasse al pie de la ventana, le dijo:

—Señáleme el matorral donde encontró la cartera... Puesto que fué usted quien la halló no puede equivocarse...

Marcasse extendió el brazo y repuso:

—El de la izquierda.

—¿Está usted seguro que fué el de la izquierda?

—Tan seguro, que me parece que la estoy recogiendo...

Entonces el juez, volviéndose a Ferreol, que se sentía desfallecer, le dijo:

—¿Ve usted, Ferreol?... Fué el de la izquierda...

Marcasse volvióse a su vez y abriendo desmesuradamente los ojos al ver allí al capitán, se creyó traicionado y rugió, como una fiera vencida:

—¡Yo lo maté, sí! Pero usted...

Ferreol se abalanzó a él y gritóle:

—¡Cállese, imbécil! ¿No ve que he confesado que yo lo maté?

¡Eh! ¿Qué decía aquel hombre? ¡Que él lo había matado!

Pero la verdad había resplandecido ya al acusarse Marcasse.

Era inútil que Ferreol insistiese en acusarse,

y, bruscamente, el juez acorraló a Marcasse.

—¿Por qué mató usted a Roche?

Ferreol estaba angustiosamente pendiente de la respuesta del asesino.

¿Le delataría, destruyendo la vida de Gilberta?

El silencio era solemne y, rasgándolo rudamente, la voz de Marcasse pronunció:

—Le maté... y no tengo más que decir.

Aquel infeliz supo ser noble, admirado sin duda del sacrificio que Ferreol se imponía.

El *gendarme* llevóse detenido a Marcasse, y el juez, emocionado, dijo a Ferreol, suponiendo que con su acusación pretendía salvar a Jerónimo para que no sufriese Teresa:

—Amará usted mucho a Teresa, Ferreol, cuando por ella estaba dispuesto a hacer tamaño sacrificio.

Ferreol lloraba casi de alegría, y en tales momentos Gilberta reunióse con él y su esposo; y éste, rindiéndole la admiración que se merecía, dijo a la mujer realmente salvada por el capitán:

—Gracias a la voluntad de Ferreol en sacrificarse por Teresa, hemos logrado la confesión del verdadero asesino.

Los ojos de Gilberta besaron al digno oficial, y éste dijo:

—Todo hombre debe estar siempre dispuesto

a sacrificarse por el amor y el honor de una mujer...

Y, emocionada, Gilberta, estrechándole la mano, pronunció:

—Es usted un galante caballero, capitán Ferrerol... Dios quiera que usted y Teresa sean tan felices como se merecen...

FIN

EN PREPARACIÓN, en las selectas
EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
las grandes producciones PARAMOUNT

A L A S

y

EL DESTINO DE LA CARNE

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID

(3835) 7-4-28

[B.]